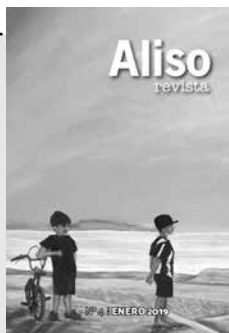


Aliso

revista



Nº 4 | ENERO 2019



Escriben en este número de Aliso Revista:

Mirtha A. Negretti, Melé Graglia, Ivan Taylor, Gisela Rondan, César Penna, Pablo Felizia, Juan Manuel Alfaro, Romina Backus y Graciela Chisty.

La tapa es parte de una obra de Marina Villar.

En las páginas 3, 4, 6, 8, 15, 30, 31 y 33 aparecen obras realizadas por el artista Flavio Orlando Cortés. Los trabajos originales están realizados en óleo y tinta, son del año 2018 y los interesados se pueden contactar al facebook [flavio orlando cortes](#).

EDI TO RIAL

Invitamos a escritores, fotógrafos y artistas plásticos que quieran publicar sus textos o mostrar sus obras en Aliso Revista a que se contacten a través de la página de facebook Aliso Imprenta.

El equipo editor será el encargado de seleccionar qué se publicará cada mes.

Recomendamos textos más cortos que largos y fotos en la mejor calidad posible con sus referencias pertinentes.

📞 **Aliso Imprenta**

📞 **Ana Editorial**

Aliso Revista es una idea de Pablo Felizia y César Heinitz, realizada con el apoyo de Nicolás Tavella y Lucía Puntín. Una propuesta de **Ana Editorial**, llevada adelante por **Aliso Imprenta**.



VICEGOBERNACIÓN
ENTRE RÍOS

PINO Y PARAÍSO

Un cuento de **Mirtha A. Negretti**, publicado en su libro **Cuentos y Más Cuentos**, en el año 2015

Y acá estoy... sentada en la puerta de la casilla, mirando cómo juega el Tonito que hoy cumple tres años. Un paraíso lo protege con su sombra, más allá, los pinos bordean el camino que lleva al casco de la estancia.

Y acá estoy pensando, trayendo a mi cabeza cosas y cosas del pasado, como decía mamaíta: "Hay que recordar, así las dichas y las tristezas no se pierden en el tiempo".

Pobre mi mamaíta, se me fue pronto, por suerte me quedó la

Miguela, que no para de darme consejos, claro, ella se hizo cargo y terminó criándome.

Me da lástima la Miguela, siempre cocinando, día y noche. Nicasio un pobre peón que ya está viejo y no puede hacer trabajos en el campo, nos ayuda, entre los tres preparamos la comida para la peonada y los patrones, cuando vienen.

El patrón, don Antonio, siempre me ha querido, en cambio el patroncito no tanto, es arisco, retobado, me parece que la doña joven no me lo





entretiene bien.

Antes, la Miguela no se cansaba de decirme: Tené cuidado Lucilda, no te dejés engañar. Esos dos te echan demasiado el ojo, vos sos linda, hay que guardar la distancia, mirá que el diablo hace muchas jugarretas y se pinta de todos colores.

Yo la escuchaba. ¡Pero el patrón y el patroncito son tan lindos! Cuando ellos se acercan siento olor a pino y a madera fresca, no como los peones que tienen olor a bolita de paraíso.

Y así fue nomás, una tardecita oscureciendo, el patrón me invitó a caminar. Y otra vez el hijo y allá nomás entre los árboles sucedió. ¡Y qué lindo fue todo! ¡Cómo me gustó el olor a pino y a madera fresca!

Después vino una segunda vez, otra y otra, yo no me podía negar. A veces regresaba,

cuando la luna estaba alta y clara, nos quedábamos a contemplarla, ¡qué grande y hermosa la veía! La Miguela me regañaba, pero a mí me gustaba ir, los ojos se me llenaban de margaritas silvestres y me cosquilleaba el cuerpo, volvía contenta. Eso sí, con ellos dos nomás, nunca con los peones, aunque no sé por qué, jamás se me acercaron.

Pero yo sigo pensando, no se me va de la cabeza, tengo una duda: ¿De quién será el Tonito?, si es de don Antonio, entonces el patroncito es hermano de mi gurí, pero si es del hijo, el Tonito es nieto del patrón. Mejor cuando mi muchacho sea grande le pregunto a él de quién quiere ser hijo, aunque... para qué complicarle la vida, total llegando a hombre sólo va a tener olor a bolita de paraíso.



DIECIOCHO

de **Melé Graglia**

Tres-tres-tres-tres parece repetir el motor del coche, demasiado viejo para marchar por el camino casi intransitable. Adentro, una pareja joven con dos hijos pequeños. Con pulso firme, el padre maniobra el volante de la chata Ford A, domando las profundas huellas de carros, caballos y viejas maquinarias que se trasladan para las cosechas. Por las ventanillas abiertas, el polvo y el aire sofocante entran juntos en las últimas horas de esa mañana de diciembre.

El hombre combina silbidos suaves con tarareos, dibujando la melodía de un tango. Su mujer, una belleza exuberante realzada por el vestido de lino floreado, sonríe al escucharlo. El niño duerme sobre su falda y, casi escondida entre los cuerpos de los adultos, la niña dormita bamboleándose por los pozos. Las ondas del pelo, pegoteadas por la tierra y el calor de los cuerpos, se le adhieren a la cara.

—Ahora te toca a vos —dice él a su compañera.

—Alma, si tanto te han herido... —ella comienza a entonar un vals con voz cristalina.

—¿Falta mucho, mami? —La chiquita abre los ojos somnolienta.

—Por qué te niegas al olvido... —sigue cantando la madre.

—¿Mami, falta mucho? —insiste la nena restregándose los ojos.

El vals se interrumpe.

—Falta, hija, falta... tratá de dormirte.

—Tengo calor —se queja—. Estoy cansada, tengo sed.

La mujer destapa una botella y le da agua.

—Está caliente —rezonga acostumbrada a la frescura del agua de pozo. La madre no responde al reclamo; en cambio abre una bolsa de tela blanca que trae a sus pies.

—¿Pan casero? —le ofrece y ella acepta sin entusiasmo.

—Ya estamos llegando a una estación de servicio y vamos a cargar nafta. Ahí te podés bajar un ratito —dice el padre y, al mismo tiempo, retira una mano del volante para tocarle con ternura la cabeza.

La nena se para sobre el asiento y mira por la luneta trasera que está justo detrás de ella. En la nube de tierra amarillea el monte de espinillos a ambos lados del camino; entre los yuyos del borde, las chilcas compiten con su color.

El traqueteo termina al llegar a la estación de servicio y se bajan todos de la chata.

—¡A estirar las piernas! —dice el padre, mientras camina en busca de agua para el motor que despidе una nube de vapor. Con caricias y palabras, la mujer calma el lloriqueo de su hijito que se ha despertado. La niña aprovecha para corretear un poco.

De pronto, un hombre de cabello cano y rostro curtido por los años y las penas se acerca al vehículo.

—Buenas —dice a modo de saludo y agrega— ¿Me lleva, Don?

—¿Y adónde quiere ir? —responde el aludido, mirándolo fijamente.

—Me da igual... —dice el hombre, mientras se encoge de hombros.

La sorpresa se dibuja en el rostro del joven, que observa con curiosidad al extraño personaje vestido con ropas pobres, pero limpias. Se acerca al empleado de la estación de servicio a pagar y le pregunta.

—¿Lo conoce?



—Anda por acá seguido —responde el trabajador y comenta—, la gente dice que está loco. Me contaron que hace muchos años una desgracia le cambió la vida: la muerte de su mujer y su hijito recién nacido. Pero llévelo tranquilo, no hace mal a nadie. Él siempre va a alguna parte... o a ninguna, mejor dicho.

Los viajeros se ubican en sus lugares nuevamente. El viejo los mira sin insistir. El motor arranca con su tres-tres-tres. El joven siente la mirada del viejo desde la sombra de un árbol. ¿Será seguro llevarlo?, piensa con un leve temor, pero la apariencia del anciano lo tranquiliza.

—¿Cómo se llama? —le pregunta.

—Me dicen Paco —responde sin moverse del lugar y agrega luego— y algunos me llaman dieciocho también.

—Suba atrás, Paco —le indica sin preguntar nada más. El viejo asciende con un poco de dificultad y se sienta en un rincón sobre una bolsa con maíz, bajo el intenso sol del mediodía.

Cuando el vehículo comienza lentamente a desplazarse, la niña se para en el asiento entre su padre y su madre.

—Prendete, que te vas a caer —le regaña la madre, y dirigiéndose a su compañero pregunta— ¿Quién es ese hombre?

—Paco, un pobre hombre... —responde el padre y reinicia su tarareo.

La pequeña se da vuelta y mira por la luneta trasera al viejo. Se

cruzan las miradas. Ella le sonríe, levanta la manito y la agita en señal de saludo, pero Paco desvía la vista y se sumerge en sus recuerdos. Al rato, vuelve sus ojos hacia la ventanilla: la nena sigue parada ahí, sonriendo, con su mano derecha en alto. El viejo levanta la suya y la agita: pulgar, índice y medio, erguidos como mástiles sin bandera, y al lado los rastros del anular y meñique que le amputó una máquina trilladora. Seria, la niña mira la extraña figura y luego se hunde en el asiento entre sus padres, desapareciendo de su vista. Paco baja la mano, gira la cabeza hacia otro lado y parece hundirse en el fondo de la caja de la chata. Cierra los ojos. El sol, el polvo del camino y la sed lo agobian.

De pronto, el anciano escucha un golpe suave en la mica de la luneta y mira. Desde la ventanilla, la nena le sonríe nuevamente levantando su manito; usa la otra para doblar el meñique y el anular y lo saluda con los tres dedos restantes en alto. La cara de Paco se ilumina y sus tres mástiles sin bandera comienzan a moverse hacia uno y otro lado, como agitados por una suave brisa. No habla, aunque pareciera querer hacerlo. Sólo se sumerge en la profundidad de los ojos de la niña y se estremece. Allá adentro vislumbra otra mirada, la de los ojos amados.



Diseño gráfico y sublimación

Objetos personalizados: tazas plásticas y cerámicas, jarras, lapiceros, almohadones, set de jardín, rompecabezas, diseño de tarjetas para cumpleaños y todo tipo de eventos, adhesivos, y mucho más!

Encontranos en facebook: Ideas en Remolino
correo electrónico: ideasenremolino@gmail.com



ACIERTASHORAS

Por **Ivan Taylor**

*Aparecen
a ciertas horas, de repente.
Como de tela o de papel
tus mariposas
como de ceniza esparcida al viento
hijas
de un fuego viejo.*

*Como de piel de leche
de humo blanco, de talco
dejan su mordida;
desaparecen.*

*Más allá, después
son bolsas vacías agitadas sobre las veredas
aliento helado de Mayo
breves esponjas de espuma abandonando las olas,
tus mariposas
intermitentes.*

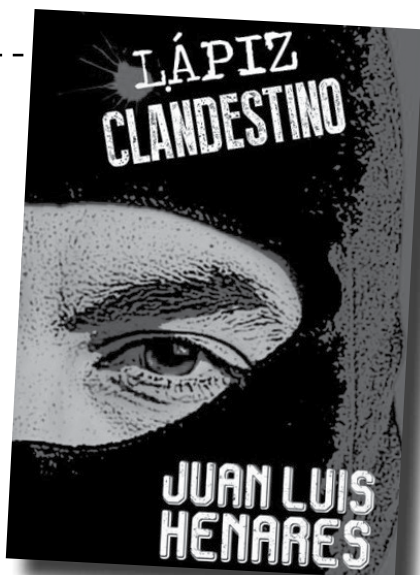
*Quién sabe qué manos de viento
las sostendrá en vuelo
qué recuerdos
las traerán hambrientas
a tus ojeras*

*sedientas del brillo
con que a ciertas horas*

habitualmente

me mirás.





Existe un mundo ideal, con modernos edificios, coches último modelo, opulentas fiestas e inolvidables viajes alrededor del planeta; en él los escritores crean bellas poesías sobre el amor y lo hermosa que es la vida, escritas en sus confortables mansiones desde un amplio ventanal con vista a un parque lleno de árboles, donde se percibe el olor de las flores y el canto de los pájaros.

Pero también existe otro mundo en el cual habitan la marginación, la desigualdad y la pobreza; con casas en villas miseria o barrios populares, coches destartados o carros tirados por caballos, sin fiestas y en donde solo hay viajes que llevan al trabajo. Un mundo donde las personas pelean por sobrevivir, por conseguir unos pocos pesos que les permitan alimentarse y llegar al día siguiente.

Desde este último lugar está escrito este libro: lejos de los ámbitos literarios, sin un peso en los bolsillos, en los viajes en tren o colectivo, en las caminatas por las calles de la ciudad.

Un libro escrito por un lápiz clandestino.

ACERCA DEL AUTOR

Juan Luis Henares vive en Colonia Avellaneda, es profesor y da clases en una escuela nocturna de la zona. De los veintidós cuentos que forman parte de *Lápiz clandestino*, diez fueron premiados en distintos concursos de España, México y Argentina.



EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

LA POESÍA ES LA ÚNICA VERDAD

Por **Gisela Rondan**

*Yo quiero darte un poema
con el que de noche duermas
en sus versos te acurruques
y en sus silencios despiertes...*

*yo quiero darte un poema
que mi papel y mi tinta,
con tu bella melodía,
te descubran como arte.*

*yo quiero darte un poema
para en mi letra besarte,
acariciando tu ausencia
y en una estrofa encontrarte.*

*Yo quiero darte un poema
con pañuelos verdes, blancos.
y en violetas expresarme,
con libertad de mis pasos.*

*Decidiendo lo que quiero,
cómo quiero y a quién quiero
sin que me impongan falacias
de libre amor de mercado.*

*Porque, amor, yo te amo libre.
Y sintiéndome libre de amar-
te,
cada día te descubro,
te elijo y te acompaño.*

*Yo quiero darte un poema
sin tener miedo a amarte.*

*Porque un mundo sin amor,
se convierte en algo inerte.*

*Un poema quisiera darte
con el que te sientas fuerte,
no con tu puño cerrado,
sino, igualándote a mi lado.*

*Cuando lucho por mis sue-
ños,
deconstruíte, respetame.
no me temas al mirarme,
quereme bien, abrazame.*

*No dejes que el hegemónico
quiera herirte o confundirte
si no sentís como hombre
sino como ser humano.*

*Por todas estas razones,
yo quiero darte un poema,
y así con él preguntarte:
¿me querés acompañar?*



UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD



En la Biblioteca Popular del Paraná, en diciembre, Manuel Londero presentó **Una segunda oportunidad**, su primera novela publicada por Ana Editorial. Estuvo acompañado de familiares y amigos en una noche llena de literatura y emociones. Su libro ya se puede conseguir en las librerías de Paraná.

¿Pensás que todos merecen una segunda oportunidad? ¿O creés que algunos sí y otros no?

En la cárcel con mayor seguridad del mundo, sucede algo inesperado. Un grupo de jóvenes prisioneros vivirá una aventura increíble, y en su transcurso se develarán algunos secretos y las razones por la que cometieron crímenes.

Hay distintas formas de habitar el mundo y también de escapar de él. Y hay veces que, aunque no tengamos esperanza, los compañeros menos pensados son quienes nos ayudan a cambiar la visión del mundo y a construir otros nuevos.

Manuel Londero nació en marzo del año 2001, en Paraná, Entre Ríos. Esta ciudad es donde reside actualmente y por la que le gusta pasear ya sea caminando o en bicicleta.

Una de sus pasiones es la lectura. Empezó a escribir ficción a los 12 años y lo sigue haciendo. Mientras inicia su carrera universitaria, se propone nuevas metas para superarse y disfrutar de la vida.

CRÓNICAS DE UN

Un día, muchos días

Por **César Luis Penna**

Como es bien sabido la globalización es un fenómeno que nos involucra a todos cada vez más, como una inmensa red que nos atrapa y nos interrelaciona. No solo brilla la telaraña global económica sobre nosotros, ya que nuestro país es un peón dentro del tablero de ajedrez global, sino también hay otras redes que se ciñen sobre y en nosotros. Las comunicaciones en sus distintos formatos son las redes que más se han adentrado en todas las sociedades a nivel mundial y la publicidad subliminal que estas generan han llevado a miles de personas a padecer las enfermedades del nuevo milenio también. En su mayoría son las publicidades de alimentos chatarra extremadamente llenos de grasa y azúcar. Esto ha generado que el 39% de la población mundial padezca de obesidad, y cuando me concienticé de mi peso real ya no me sentí tan sólo.

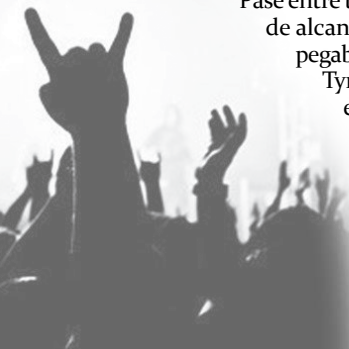
Por más que me lo hayan dicho mil veces nunca le di cinco de pelota a quienes me decían “estas gordo” y solo caí en cuenta cuando me quise poner mi pantalón favorito para ir a trabajar y me faltaban diez centímetros para unir el ojal con el botón. Lo peor es que con maña pude, porque otro pantalón limpio y presentable no tenía. Tuve toda esa mañana de trabajo con el miedo de que el botón salga disparado y mate o lesione gravemente a un alumno. Caída la tarde se me dio por ir a recorrer la zona lindante a mi casa para encontrar un gimnasio que me había pareció haber visto desde el colectivo. Escuchando un tema clásico de AC/DC recorría las calles al ritmo de... “Come on, come on, love me for the money... Come on, come on, listen to the money talk...” que por ese asuntillo de argentinizar todo o cantar lo que uno entiende, me salía canturrear Listenn... monitó! Listen! MoonitooO! En medio del pavimento roto apenas ilu-



HEAVY METAL

minado del Rocamora encontré un GYM (como decía Homero Simpson), chico de espacio, piso de cemento con ventiladores negros industriales en cada ventana que se sacaban en épocas de altas temperaturas, un sector alfombrado de verde y una radio en un rincón que se cambiaba de una FM de rock a una de música variada, y para hidratarse un dispenser recargable de los años 80, imagino por el amarillo del plástico de que estaba construido que alguna vez fue blanco, en fin un lugar bien de barrio. Entré, pregunté por el encargado y apareció un petiso puro músculo, tostado de playa, rulos medios largos y barba, que me dijo los horarios de apertura y cierre, y me dio unas instrucciones como para arrancar. Los primeros ejercicios eran los típicos que hacíamos en Educación Física en la secundaria, flexiones de brazos, abdominales y espirales; hasta ahí bien, no sentía que fuera tan difícil esto del gym. Un par de semanas después el instructor me sumó ejercicios con pesas en los brazos y los laterales. Trabajé el primer día y no me pareció que era mucho esfuerzo, pero lo hice. Salí con mis ochenta y nueve kilos y me puse a preparar las clases para el resto de la semana. Al otro día llegué a la parada del transporte público a la siete de la mañana, y como es habitual, el colectivo estaba lleno de gente, casi que además de los parados habían sentados dos o tres pasajeros por asiento, por lo que no había otra posibilidad que ir parado.

Pasé entre toda la gente y me ubiqué en el medio, traté de alcanzar el pasamanos superior y no podía, me pegaba un tirón en todo el torso, me sentía con un Tyrannosaurus Rex queriendo sostenerse, así es que me fui hasta el fondo y me agarre de la barra vertical que esta junto a la puerta. Cuando me bajé pensé que seguro era por el ejercicio realizado, pensé que se me pasaría con unos auto-masajes, pero no me acordaba de las labores de docente



que todavía tenía por delante. Como era mi costumbre entré al curso y saludé a los estudiantes. Casi siempre borro el pizarrón y pongo la fecha. Cuando agarré el borrador y traté de llevarlo al extremo superior no podía, era como si alguien me agarraba el brazo y no me dejaba, no entendía nada y tenía que pilotearla frente a los alumnos. Así es que ese día solo leímos. El resto de los días de la semana escribí en la parte media del pizarrón, más lejos no podía llegar. Claro que en ocasiones pedía que alguien lo borrara. Sin embargo seguí yendo al gym porque soy medio terco y además ya había pagado el mes, y nunca dejé de comer como siempre, “todo lo posible mientras se pueda”. Después de tres semanas de ejercicios con el torso y brazos, llegó el turno de las piernas, cuatro ejercicios para trabajar músculos que no sabía que existían, y le sumé otros ejercicios para los hombros.

El primer día de trabajar piernas lo terminé bien y me fui a trotar un par de vueltas a la plaza antes de irme a preparar la clase del día siguiente. Sonó el despertador y un nuevo día de trabajo me esperaba, pero tenía un inconveniente: sentía tanto dolor y rigidez en las piernas que me recordaba a los primeros síntomas de la espondiloartropatía, pero no tenía nada inflamado ni nada parecido. Bajar la escalera fue fácil, pero subir los incómodos escalones del colectivo requería de toda mi habilidad mental y física. En la escuela no tuve ningún inconveniente porque no debía subir escalera alguna, pero en la facultad sí. Para el ojo común y el cuerpo sano subir los escalones de la entrada no son nada, pero para el cuerpo maltrecho es un suplicio. Con los primeros escalones de la puerta hice lo mismo que en el colectivo, me agarre de la baranda y haciendo palanca pude subir. Los veinte escalones restantes fueron un tormento, me daban unos tirones desde el talón a la columna y de ahí hasta la nuca. En un momento no sabía si estaba escalando la pirámide de Giza, la pirámide del Sol o qué, afortunadamente el resto del camino era fácil ya que había ascensores.

Pese a todo y como todo hombre terco seguí yendo al gym, alternaba con los ejercicios de calentamiento porque no me daba ni para pedalear la bici fija, pero un día me tocó hacer todo junto. Lo hice, brazos, piernas, torso y espalda sumándole mayor peso. Los días posteriores solo podía mover las manos y los pies, me sentía como Iron Man, no por lo poderoso sino por lo rígido, y mi peso, a todo esto, seguía siendo el mismo; el camino no era por ahí, eso estaba claro.

LA HABITACIÓN DE LOS SEGUNDOS DETENIDOS

Un cuento de **Pablo Felizia**

A puntó al niño sentado en el cordón de la vereda. Disparó certero. Justo bajaba la cabeza: miraba un sándwich de milanesa. El tomate se salía y quería escapar por abajo. Las ojotas sobre el asfalto; el dedo gordo sucio de los dos pies y esos dos pies juntos en talones lastimados. La remera derruida y tres pelotas de colores al costado esperaban el rojo de un semáforo de enero; era una esquina cualquiera.

Instantes después, el sándwich quedó a un costado y las pelotas se pusieron en movimiento. Apuntó y volvió a disparar. Nuevamente fue certero. Muy en el fondo, casi imperceptible, otro niño respiraba adentro de una bolsa de plástico. Era un día



de viento. También quedó detenida en el tiempo una propaganda de papel de la empresa British Oil que sobrevoló un vehículo estacionado en la esquina.

Los sábados por la tarde salía a detener los segundos. A dejarlos quietos, secos y duros. Buscaba el segundo y lo encerraba en una caja para luego dibujarlo en un papel. ¿Qué segundo detener? Una vez en abril vio por una ventana, en otra esquina, a una mujer parada frente a un gran espejo. Eran dos mujeres muy parecidas. Las dos tenían el brazo derecho levantado con la muñeca doblada y hacía un eje ligero sobre la pierna izquierda. Detuvo el segundo con un disparo profundo. El mismo día se acercó al parque y esperó al viento sentado en un banco. Lo escuchó venir; acercarse lento. Desde lo alto sobrevoló el piso, acarició un par de hojas secas y se estrelló suave sobre la copa de los árboles. Ese segundo también quedó detenido.

Nunca sabía que segundo detener hasta el segundo mismo capaz de detenerse. También inmovilizaba momentos imperceptibles. Fue una mañana de poco sol. Se acercó al puerto



UN ESPACIO DONDE EL TIEMPO ES
TU MEJOR AMIGO.
DONDE LOS COLORES TE INVITAN
A JUGAR, DONDE EL AZAHAR
FORMA PARTE DE TU EXISTENCIA.
Y DONDE EXISTIMOS SIENDO UNA
GRAN RED DE AMIG@S.

Te invitamos a participar de nuestros talleres de:
Mosaiquismo, Cerámica, Arte Entre Costuras, Tejidos
Diversos, Cocina Oriental Vegetariana, Tai-Chi, Mandalas,
Dibujo y Pintura, Goma Eva, Tallados en Madera.

José Rodó 663 - Esq. Casacuberta

☎ 0343 - 154156935

📍📷 MadreSelva Taller de Arte



triste. Cinco embarcaciones sin vela y en coma se oxidaban en una agonía lenta. Un astillero hospital con su lecho tieso de sábanas húmedas; el viento en otra parte. Una boya de color amarilla se descascaraba amarrada con una cadena a un poste en el firmamento. Esperó al segundo imperceptible, sin presupuesto; quieto. Disparó.

Pasaron los meses, tal vez años. Una tarde en su habitación colgó sobre la pared todos los segundos. Había colores y vientos detenidos. Soles que en pirueta iluminaban. Él los miró y los reconoció uno por uno. Con una soga, colgó del techo la máquina y la programó en automático.

Lento, se acercó al segundo de la mujer en el espejo. La miró un tiempo desde la ventana. Estaba en su eje con la punta del pié en un zapato flexible y rosado sobre el parquet del suelo. La podía escuchar cantar muy despacio. Hola.

Como no tuvo respuestas decidió saltar la ventana. Ella rompió el eje, se dio vuelta para mirarlo; se asustó un poco: nadie en meses, tal vez en años, había entrado en su segundo. Igual comprendió rápido y con algunos pasos se puso muy cerca. Le acarició le pelo con sus manos dibujadas y pequeñas. No dejó de sonreírle. Él quiso tacerla pero dejó los brazos caídos a los costados. Estaba tan cerca y tan adentro del segundo que podía sentir su perfume y si quería, escucharla cantar con claridad.

En el espejo ahora también aparecía él; había dos cuerpos y dos reflejados en ese salón de esquina, con ventanas abiertas, adentro de la habitación de los segundos detenidos. Él escuchó el sonido de aviso que entraba por la ventana. Frente a la mujer, dijo un Ahora nervioso y titubeante. Ella se abalanzó, lo enredó con los brazos y apoyó su cabeza en el pecho; el corazón le latía muy fuerte aún. Levantó su cara y con la nariz le rozó la suya sin dejar de abrazarlo.

En ese momento, imperceptible, la máquina desde la otra habitación se disparó.

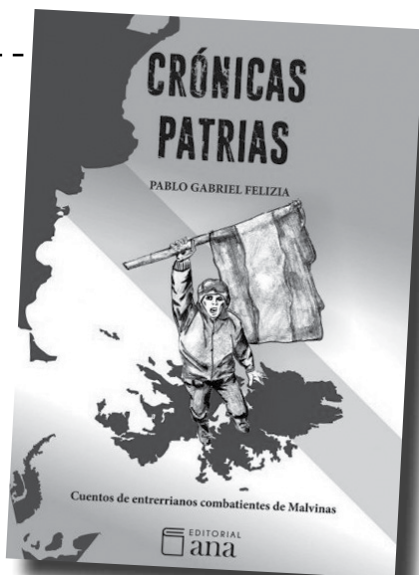
Fue certera. Mientras permanecía colgada con una soga desde el techo detuvo el último segundo, en el momento preciso y lo hizo eterno.

LOSACORAZADOS

Este cuento es de **Juan Manuel Alfaro** y pertenece al libro **¿Los zulúes son azules?** publicado por **Ana Editorial** en 2018.

Finalmente Rubén me consiguió la cita con el Editor. Desde que le di a leer los originales, se lo venía pidiendo. No es que tuviera mala voluntad, sino que —como él me decía, cada vez que se lo recordaba— “es muy difícil encontrarlo, no está nunca y, además, a las publicaciones no las decide él, sino el Consejo Asesor. A él ya le llegan los temas resueltos, para eso tiene gente especializada... él sólo les da el visto bueno...”. Lo que yo tenía que hacer era muy sencillo: enviar por correo los originales, los que serían sometidos al juicio del Consejo que, seguramente, avalaría la edición. La obra tenía sobrados méritos —Rubén coincidía conmigo en eso—, y la entrevista no agregaría nada, es más hasta podría llegar a entorpecer el trámite. ¿Viste cómo es la gente?, me decía, por ahí a los asesores no les caía bien que el Jefe se les apareciera con un recomendado, hasta podrían ser capaces de dilatar, por puro gusto, la publicación. De todos modos, yo no le daba tregua: insistía, insistía, volvía una y otra vez con lo mismo, y terminé ganándole por cansancio. Antes de eso, como último intento se ofreció a llevar él en persona los originales. Pero eso tampoco me garantizaba nada. Yo quería explicarle al Editor las bondades de mi obra y los indudables beneficios comerciales que iba a tener —cosa que, por más que se esforzara, por más buena disposición que tuviera, no podría hacer nunca Rubén—. Hasta que, al fin, accedió. Me consiguió la entrevista.

“Te espera el lunes a las diez y media”, me dijo secamente. Noté como un resentimiento en su voz. Sabía que yo estaba al tanto de los compromisos que tenía con él el Editor y debe haber sentido que estaba usando nuestra amistad para presionarlo. Debo reconocer que algo de eso hubo, pero no tenía alternativa. De una forma u otra, tenía que llegar a él, y Rubén era el único camino posible. “Sabés donde está su oficina... Es el trece efe” agregó, después de una pausa en la que por primera vez me miró y pude advertir en sus ojos, más que en sus ojos, en su mirada, la misma frialdad que había percibido en su voz.



Crónicas Patrias de Pablo Gabriel Felizia, es el primer libro de Ana Editorial. Son siete cuentos donde se rescatan hechos de heroísmo, de ocho combatientes entrerrianos: Carlos María Vergara, Oscar Barzola, Roberto Andrade, Rubén Nicolás Benza, Héctor Rosset, Ricardo Velázquez, Juan Carlos González y Ramon Duarte.

Escribir este libro llevó cuatro años. El autor quería conocer hechos de heroísmo cansado de escuchar que todos los que enfrentaron a Inglaterra eran unos chicos llenos de miedo. Encontró las historias en las palabras de esos hombres y la ficción se transformó en una cornisa fina entre ellas, tal como las relataron, y el aporte de la literatura.

ACERCA DEL AUTOR

Pablo Gabriel Felizia es licenciado en Comunicación Social y fue periodista durante siete años en Diario UNO de Entre Ríos. Cuatro cuentos de su autoría fueron publicados en ese medio a modo de folletín con entregas semanales y dibujos propios: Desaparición y muerte en bicicletas rojas, La victoria de los visitantes nocturnos, Los poetas de Ramírez y La habitación de los segundos detenidos.

Su primer libro publicado es Crónicas Patrias.

Fue becario del Fondo Nacional de las Artes y es editor en Ana Editorial.



EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

“El trece efe, el trece efe”, me quedé repitiendo, como si fuera —y en cierto modo lo era— una clave secreta, la ansiada combinación que durante meses se me había negado, la contraseña indispensable para acceder al reino secreto del Editor.

Sabía, por supuesto, dónde estaba su oficina. En realidad sabía que en algún lugar de los cuatro edificios, color ladrillo y crema, que se imponen apenas uno ingresa a la avenida estaba la gerencia de la editorial. No los talleres, claro. Ahora tenía la llave maestra: el trece efe.

Cualquiera sabe cómo llegar a los edificios. Ocupan un predio que podría estimarse en dos manzanas. Digo podría estimarse porque, cuando los construyeron, allí no había división en manzanas, ni trazado de calles. Era un terreno todavía virgen, con árboles y arbustos y todo el yuyal que uno pueda llegar a imaginarse: un descampado que parecía nada, doscientos o trescientos metros detrás del cementerio. (Con el tiempo, el cementerio, como ha pasado en muchísimos pueblos que se hicieron ciudades, ha venido a quedar prácticamente en el centro, a no más de diez cuadras del centro cívico, digamos). Me acuerdo cuando empezaron el desmonte: el bufido de las topadoras amarillas, el intenso ir y venir de hombres y máquinas. Pero no quiero desviarme del tema. Además, cualquiera —si no lo vivió— puede imaginarse, sin demasiada dificultad, lo que fue la construcción de los edificios. O sea que sabía dónde quedaba la oficina del Editor. Claro que es, más o menos, como si a uno le dijeran en ese monte hay un nido, es decir en alguno de los incontables árboles que forman el monte hay un nido. Por eso Rubén, me precisó: “el trece efe”.

Por cualquier inconveniente que pudiera surgir, por cualquier contratiempo inesperado, digamos, demora del colectivo, un simple accidente de tránsito, etcétera, tomé mis precauciones y salí con tiempo más que suficiente. Eran las nueve y media cuando tomé el 9, que me llevaría hasta el final de la avenida. Ahí debía bajarme. Pasar a la otra vereda, bordear el cementerio y caminar unos doscientos, trescientos metros hasta la entrada de los monobloques. Eso fue lo que hice. Tuve suerte en encontrar un asiento y junto a una ventanilla. De tal forma que, cuando el colectivo giró para tomar la avenida, alcancé a ver, a lo lejos, el brillo de las torres. Después las perdí, porque mi ventanilla daba a la derecha y el interior del 9 fue llenándose, tapándome la visión del otro lado. A las diez menos cuarto bajé del colectivo. Llevaba los originales en el maletín. El plan era: primero

simplemente conversar con el Editor, agradecerle su atención, convencerlo de que mi libro iba a ser un éxito, no demostrando en ningún momento que lo tenía conmigo, no iba a cometer el error típicamente principiante de andar exhibiendo mi obra, como un trofeo, o un niño recién nacido, y cuando él me dijera: Bueno, envíemelo, lo vamos a leer, etcétera, yo extraería del portafolios los originales perfectamente encarpetados y se los dejaría en sus propias manos. Una jugada maestra. Jamás podría decir que el libro no le había llegado o derivarle la responsabilidad al Consejo. Los compromisos que tenía con Rubén eran más poderosos que cualquier argumento. Y, una vez publicado, se iba a felicitar de haberlo hecho.

Al bordear el cementerio me asaltó una inquietud —por llamarla de alguna manera—, una duda, algo como un desconcierto. Los acorazados (ignoro cómo supe que los edificios tenían ese nombre) tienen cuatro cuerpos, con cuatro frentes diferentes, lo que supone cuatro entradas distintas. ¿A cuál dirigirme? Me tranquilicé, en cierto modo, pensando que internamente debían estar comunicados. Es decir que optar por un ingreso u otro, en lo único que podría afectarme es en el tiempo que me demandaría dar con el trece efe, y para las diez y media faltaba bastante. La entrada más próxima era la que daba al sur. Hacia allí me dirigí. Traspuse el alto portal distante unos veinte metros del edificio.

Caminé por la explanada de lajas rojas que parecían recién lavadas. Me extrañó no cruzarme con nadie, como me extrañó que no hubiera ningún guardia, ni portero a la vista. Posiblemente vigilaban el ingreso desde alguna cámara de circuito cerrado. ¿Y ahora?, me dije, ¿a dónde llamo? ¿Cómo voy a hacer para entrar? Mis temores se diluyeron enseguida porque la puerta del edificio estaba abierta.

Ingresé a un hall central y busqué el ascensor, que al instante descubrí que estaba a mi derecha. Pude comprobar por el tablero, que el edificio tenía catorce pisos. Como suponía, entonces, el trece correspondía al piso, era el “13”, como lo veía escrito en mi mente. Cada piso, a su vez, contaría con cuatro departamentos o sólo dos, si se trataba de semipisos (más allá de la



cantidad de oficinas que pudiera contar cada uno). Por lo tanto el efe debía estar en el segundo o en el tercer cuerpo. Ignoraba en cuál de ellos me encontraba. De todos modos, decidí subir al piso trece. No tuve necesidad de llamar al ascensor porque estaba en la planta baja. Subí y oprimí el botón del trece. En el tercer piso el ascensor se detuvo y se abrió automáticamente. Volví a presionar el trece, pero la puerta del ascensor no se cerró. Supuse que se había descompuesto. Así que salí pensando que tendría que subir diez pisos por la escalera, pero lo que encontré fue una ancha escalinata que bajaba hacia lo que pensé que se trataría de algún patio interno, aunque del otro lado no se veía ninguna construcción.

Cuando vi la cabeza del niño asomar en el otro extremo, advertí que no era un patio, sino una plaza. El niño terminó de subir los escalones y lo pude apreciar de cuerpo entero. No tendría más de seis años. Cargaba una mochila y traía en la mano un par de patines. La plaza estaba cubierta de hojas secas que crujían bajo mis pasos, a pesar de que no había ningún árbol, al menos a la vista. El niño se fue acercando y nos encontramos en el centro, digo “el centro” aunque no divisaba ni una estatua, ni una fuente, ni un mástil, nada de eso que suele haber en el centro de las plazas. “Mis hermanos”, me dijo señalándome con la mano libre a un grupo de chicos que jugaban en uno de los laterales del cuadrado. Porque la plaza era un cuadrado, con escalinatas en los cuatro costados. Advertí que eran tres niños de unos diez u once años, más o menos. Estábamos a una considerable distancia, sin embargo podía verlos como si estuvieran a pocos metros. El niño que caminaba a mi lado tenía unos zapatos negros con cordones que me hicieron recordar a los que en mi infancia yo solía usar en ocasiones muy especiales. (Siempre me compraban zapatos un número más grande, con el argumento de que a esa edad el pie crecía y que enseguida me iban a quedar chicos, con el lamentable resultado de que las dos o tres ocasiones que los usaba me quedaban grandes y me sacaban ampollas y, para el año siguiente, efectivamente me quedaban chicos. De allí que con cierta frecuencia soñara con pies enormes, con mis pro-



pios pies creciendo desmesuradamente y, a veces, ya despierto, sentado en la cama, no podía dejar de mirarme los pies hasta convencerme de que no habían sufrido ninguna variación —al menos visible— durante el sueño).

Supe —no sé cómo— que el niño había pasado el fin de semana con uno de sus padres y que sus hermanos lo habían hecho con el otro. Le dije que tuviera cuidado al bajar la escalera y me volví, un poco desorientado, buscando con mis ojos el edificio al que había entrado, pero no lo encontré. Supuse que habría salido por alguna puerta de servicio o algo semejante y que si volvía a bajar de la plaza me encontraría nuevamente con la entrada. Pero lo que encontré fue un paredón blanco y unos hombres que charlaban muy animados. No alcanzaba a distinguir sus voces, sin embargo no tenía dudas de que estaban hablando de Matilde, de la tía Matilde que era muy hermosa, según siempre han dicho en la familia, porque yo no llegué a conocerla...

Supuse que los hombres (eran tres) habían hecho una pausa en el trabajo, porque a su lado había baldes de pintura. Al pasar frente a ellos vi que se trataba de cal. “Es lógico”, me dije, “están encalando el paredón”.

Uno de ellos, el más joven, retomó el trabajo y pasé rápidamente con temor a que pudiera salpicarme. Reconocí que era el paredón del cementerio y al llegar a la esquina tuve que detenerme junto a una gran cantidad de gente que esperaba que el semáforo les diera paso. En ese momento miré mis pies y comprobé que mis temores no eran infundados: mis zapatos estaban salpicados de cal. Pero eso no me alarmó tanto como descubrir que tenía puestos unos zapatos viejos y sin lustrar y, además de la cal, estaban cubiertos de polvo.

El polvo podía deberse a mi caminata por la plaza, seguramente las hojas que fui pisando, casi con un placer infantil al sentir su crujido, estaban llenas de tierra. Lo que no me explicaba es que me hubiese puesto

unos zapatos viejos y sin lustrar. Toda mi vida he prestado especial atención a los zapatos. Desde que el tío Evaristo me aconsejó que siempre hay que andar bien peinado y con los zapatos brillantes, porque —como él decía— a uno lo miran a la cara o a los pies. Son los dos extremos. El peinado era algo que hacía tiempo que no dependía de mis esfuerzos, porque el poco pelo



que me queda en los costados de la cabeza, se arregla con solo pasarme las manos, pero lo de los zapatos era imperdonable... El semáforo dio paso y crucé la calle. Vi que a mi lado venía una mujer con un chico. No parecía ser la madre. En todo caso, la abuela. Busqué con la vista a Los acorazados y allí estaban, a la izquierda, pero a unos doscientos metros. O más.

No podía explicarme cómo me había alejado tanto. Si sólo había bajado en el tercer piso, había descendido por las escalinatas hasta dar con lo que, en principio, pensé que era un patio, pero que, en realidad, era una plaza —como pude comprobar después—, había caminado con el niño de los patines hasta el centro de ella, vuelto a bajar, rodeado el paredón, cruzado la calle, cómo podía estar a más de doscientos metros de Los acorazados.

Sabía —aunque Rubén no me lo hubiera recalcado— que tenía que ser puntual, porque el Editor no estaba nunca y si perdía esa oportunidad era muy difícil, por no decir imposible, que tuviera otra. Me tranquilizó pensar que todavía tenía tiempo suficiente. El Editor me esperaba a las diez y media y recién iban a ser las diez. Sólo tenía que llegar a Los acorazados y, antes de subir a ningún ascensor, preguntar. Que es lo que debería haber hecho de entrada: preguntar. Claro que en ese momento no había nadie. Debía haber esperado unos minutos. No pueden pasar demasiados minutos sin que salga o entre alguien. Además sólo tenía que preguntar por el Editor... De golpe se me había borrado su nombre. Yo tengo la costumbre de asociar los nombres con algo, con algún personaje de la literatura, con algún autor. No podía ser que no pudiera recordarlo. Hice varios intentos, pero era inútil, no encontraba la forma, una letra que me guiara, nada... Me empecé a desesperar, pero me dije, “bueno, después de todo, no creo que haya más de un editor en el edificio... Simplemente tengo que preguntar por el trece efe, busco al editor del trece efe, me espera, me podría orientar, por favor”. Y una vez allí, en su oficina, con sólo tratarlo de señor bastaba. Buenos días, señor. Le estoy muy agradecido, señor, por recibirme, etcétera. Le aseguro que no se va a arrepentir de haberlo hecho, etcétera. Tenía que llegar y preguntar. Si no había nadie, esperar unos minutos y listo.

De golpe se me presentaron dos opciones: atravesar un cantero de césped y seguir por la otra vereda o continuar por donde me pareció que era una línea más recta, a través de una especie de recova o galería también pintada de blanco, como el muro del cementerio. No advertí, al principio, que la galería, o lo que fuera,

EL OJO BIZARRO
PARANAENSIS
 MATEO OVIEDO



EDITORIAL
ana

A Mateo se le pegó una ciudad entre los párpados hace tiempo; desde que lo adoptaron sus calles. Entonces el ojo llora y ríe, dispara contrastes en la intimidad de lo visible. No solo hay que apuntar, hay que hacer foco, subir y bajar, mancharse de río, raspase de veredas. Todo está al alcance de los días. Mateo fragmenta, nos convida las huellas, nos hace pensar en tanto claroscuro. Entonces miramos y, lo que antes no veíamos, ahora nos emociona.

IGNACIO BOGINO



EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

tenía una puerta. Empezó a inquietarme que la mujer y el chico me siguieran, aunque lo más probable era que ellos también fueran hacia Los Acorazados y no supieran cómo llegar, por eso se valían de mí. Me detuve en la puerta, la abrí y vi que era una galería cerrada. Pensé volverme, miré hacia atrás para darles paso a la mujer y al chico, pero ellos habían optado por atravesar el cantero. Continué entonces y al acercarme al final del túnel me topé con un muro de ladrillos, húmedo y sin revocar. No podía continuar. Giré sobre mis pasos, pero al hacerlo noté que había otra puerta, no sé cómo no la había visto antes. Al abrirla me encontré con la escalera. En realidad sólo tres escalones que bajaban hacia una especie de aula enorme y vacía. Había escrituras en todas las paredes. Nombres, fechas. Algunos lugares. Casi todas las escrituras estaban con pintura negra o carbón; unas pocas, con rojo, un rojo oscuro, como sangre seca. Me di cuenta de que no era un aula, sino una celda, o que había cumplido, alguna vez, esa función. Era alta, increíblemente alta, al punto que tardé en advertir que carecía de techo. Escuché unas voces confusas y sólo alcancé a comprender algunas palabras sueltas,



Mosaénicas

Criaturas de Papel



Venta de
libros usados y
encuadernaciones
artísticas sobre
ediciones antiguas



343-5218414



jpmvicentin@gmail.com



Mosaénicas Criaturas de Papel

pero no pude descubrir de dónde venían. Se apagaban y volvían a surgir. “Es importante que recuerde estas palabras”, me dije.

A pesar de la excesiva claridad, debido seguramente a la falta de techo, no supe en qué momento y por dónde había logrado salir de la celda y estaba nuevamente en la vereda, en la continuación de la vereda en la que había caminado seguido por la mujer y el chico. Ahora la vereda se ensanchaba o, tal vez por la sensación de opresión que me había quedado después de atravesar el túnel, sentía que la vereda se ensanchaba y podía respirar aliviado.

La mañana era espléndida. La ciudad, inundada de sol, parecía abrirse, como si se liberara de los ruidos del centro. Se podía ver cómo las construcciones iban espaciándose. Me miré los zapatos. Busqué en el maletín algún papel o algo para limpiarlos, pero sólo llevaba los originales perfectamente encarpetados. Me consolé pensando que en el edificio seguramente iba a encontrar con qué sacarle el polvo y las salpicaduras de cal. Consulté el reloj. Alarmado vi que eran las diez y veinticinco. “Bueno, todavía alcanzo”, me dije, “el Editor me espera a las diez y media, en el trece efé”. Traté de apresurar el paso, pero sentía las piernas cansadas, como agarrotadas, me costaba avanzar. El maletín pesaba increíblemente. Haciendo un gran esfuerzo logré caminar unos metros, pero tuve que detenerme en la esquina porque, justo, en ese momento, parecía que a todos los autos se les había dado por pasar a la vez y, para colmo, ya no había semáforo. Levanté la vista buscando, del otro lado de la avenida, alguno de los portales, pero sólo había unas construcciones bajas, muy humildes, y lejos, allá muy lejos, unos edificios que, tal vez, fueran Los acorazados.





Asombro es el nombre que la artista Marina Villar le puso a esta obra. Es un óleo de 50 centímetros por 70 y en la actualidad se encuentra expuesto en DIONI, un bar ubicado en Balcarce y Humberto Primo de San Telmo, Buenos Aires.

En esta obra, los dos niños costeros se encuentran parados frente a las playas del Thompson de Paraná, una tarde de noviembre de 2017 cuando una tormenta de viento levantó tanta arena que hizo desaparecer la ciudad detrás de una gran nube de polvo, durante algunos minutos.

Le agradecemos a la artista su colaboración porque con ella enaltece nuestra revista.



Con dosis equivalentes de humor, reflexión, ironía y ternura, "Algo así como un padre" explora el vínculo que se entabla entre un joven soltero y un niño de 7 años, hijo de la mujer con la que aquél acaba de iniciar una relación amorosa. Es la crónica del itinerario emocional que va involucrando al protagonista en la impensada aventura de armar una familia de a tres, un acelerado proceso de aprendizaje mediante el cual comprobará que, muchas veces, los lazos afectivos poco tienen que ver con los de sangre.

Publicada originalmente bajo el formato de blog, esta historia nos habla de familias ensambladas en tono de comedia pero ofrece, al mismo tiempo, una serie de agudos apuntes sobre el siempre complejo ejercicio de la paternidad, sea ésta biológica o no.

ACERCA DEL AUTOR

Alfredo Di Bernardo (n. Santa Fe, 1965) ha publicado los libros de cuentos "El Regalador de colores" (1993); "La realidad y otras mentiras" (1999) y "Las cosas como somos" (2009); la novela "Informe sobre miopes" (2001) y "Crónicas del Hombre Alto" (2013), selección de textos del blog homónimo. Es autor de los blogs "Algo así como un padre" (2010) y "O juremos con grieta morir" (2016). Entre 2002 y 2017 editó "El Regalador", micropublicación virtual de divulgación literaria.



EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

DIARIO DE UNA BIBLIOTECARIA

Por **Romina Backus**

Lectores errantes con espíritu deportivo

La paz mundial, la lucha contra la discriminación, la preservación del medioambiente, la protección de los derechos del niño, la pelea contra el avance armamentista... si alguien le hubiera vaticinado a la generación del '60 y '70 que el sentimiento de unión y solidaridad más poderoso e inquebrantable entre los nacidos en esta tierra iba a ser, nada más y nada menos, que una simple e impredecible esfera conducida por gambas que valen oro, probablemente hoy careceríamos de su legado ideológico que impulsó grandes movimientos.

Hace apenas seis meses nuestro país experimentó todo tipo de sentimientos típicos de la actividad deportiva más esperada que nos conglomeró a todos detrás de un mismo deseo: la copa mundialista.

La Biblioteca Popular del Paraná, institución centenaria del saber y la cultura, no podía permanecer inmune a esta pasión virósica que se extendió a lo largo y ancho de la República. Durante todo el mes de junio, nuestro preciado edificio reunió un

gran número de "infestados" con el virus futbolero que desfilaron por nuestra sala cual eruditos del rubro, exteriorizando predicciones exageradamente positivas: goles de arco a arco, esguinces irrecuperables que neutralizaban a nuestros temidos rivales, medios giros imposibles con rebotes en el árbitro cuyo desenlace era el grandioso bramido de la hinchada... y hasta golazos indescritibles de



Pipita “reloaded”.

Como contrapartida, nuestra institución recibió también al reducido séquito de los que pregonan, sin miedo a represalias, “no me gusta el fútbol”. Estos divergentes sin corazón se hicieron presentes cuando el único sonido que había en la sala era el repiqueteo de los parlantes de la radio que anunciaba los minutos restantes para el inicio del partido. Entre el nerviosismo del comentarista y la urgencia de las bibliotecarias por sentarse frente al televisor, sobresalió la actitud pacífica y serena de los no contagiados por el amor a la pelota, quienes buscaban su material de lectura con la parsimonia envidiable de un monje budista.

Seguidores o no, fanáticos o no, hincha de sangre o hincha por costumbre, el Mundial de Fútbol ha logrado un imposible: todos unidos detrás de los mismos colores patrios y desplegando abrazos sin distinción de raza, religión, ni color. Es verdad que no es el motivo más loable para hacer flamear nuestra bandera, o para golpearnos el pecho y decir “soy argentino”, pero la alegría globalizada y la felicidad compartida es razón suficiente para permitirnos el desliz.

Me despido reverenciando las sabias palabras del señor Sacheri: “Hay quienes sostienen que el fútbol no tiene nada que ver con la vida del hombre, con sus cosas más esenciales. Desconozco cuánto sabe esa gente de la vida. Pero de algo estoy seguro: no saben nada de fútbol”.

Mis abuelos, los tuyos, los de todos

Siempre sentí una profunda admiración por la gente mayor, y no es que me las tire de mocos, ya sé que tengo unos buenos añitos –las canas y algunas atrevidas líneas de expresión lo evidencian–, me refiero a los abuelos, los tuyos y los de todos.

Los abuelos (una de las palabras más bellas que adquirió mi vocabulario desde temprana



edad) nos brindan un mundo de posibilidades: historias de la niñez, el cultivo de los valores esenciales, la utilización de remedios caseros, la recuperación de objetos en apariencia inútiles, oficios de antaño acompañados por el compromiso con el trabajo, anécdotas interminables con y sin moraleja, amor en exceso y regalos por doquier.

Cada uno de mis abuelos plantó en mí su semilla. Mientras una abuela me explicaba cómo atender la huerta y a hurgar en el gallinero sin sufrir lesiones, la otra me enseñaba a corregir los “horrores” de ortografía, las tablas y los buenos modales en la mesa. Mientras un abuelo me impulsaba a la aventura sobre las temibles dos ruedas de la Bici, el otro me transmitía su pasión por la radiofonía y la colección de sellos.

Claro que no todo es color de rosa. Mis abuelos, como los de todos, también padecían sus días nublados. Algunos de esos días eran por acciones cuya autoría tenían mi firma y en otras ocasiones se debía a cuestiones propias del peso de los años.

La Biblioteca Popular del Paraná recibe a diario a estos lectores de vasta experiencia y las bibliotecarias hemos ido adquiriendo, poco a poco, la experiencia requerida para atender a cada uno de ellos según sus particularidades: filósofos autodidactas que dinamitan la política actual y militan en el “anti-todo”, lectores exquisitos desesperanzados con la literatura moderna, seguidores de las novelas histórico-románticas que les hacen rememorar sus años “mozos”, educadores de antaño que le sacan el polvo a los viejos manuales de aula para apoyar el aprendizaje de los nietos, multifacéticos que finalmente tienen el tiempo libre para dedicarse al diseño de muebles, investigar genealogías, adentrarse en la poesía, innovar en la pastelería, tocar algún instrumento, dar los primeros pasos en teatro, afinar en el nuevo grupo de coro, bordar manteles y tejer escarpines, o simplemente encontrar la paz y el goce en un buen libro que los acompañe en una linda tarde soleada.

Para todos nuestros abuelos, los tuyos, los de todos, la Biblioteca Popular les brinda ese fabuloso espacio donde reencontrarse con sus viejas pasiones o nuevos hobbies, y les tiende ante su paso la alfombra roja que merecen.

POESÍA

De **Graciela Chisty**, del libro **bitácora**

*desmesurado
el universo*

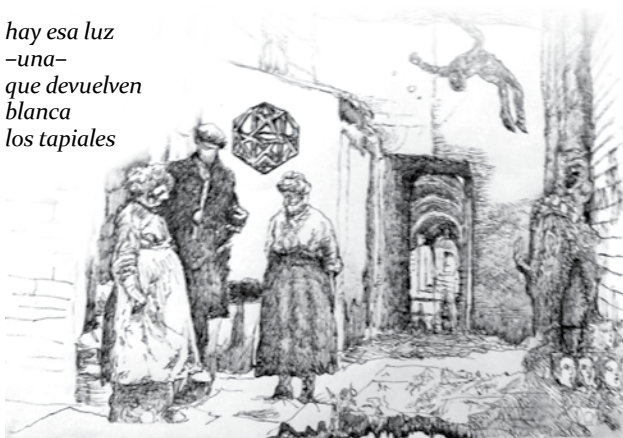
*aquí
entre paredes
todo se vertebraba
mínimo
en un número*

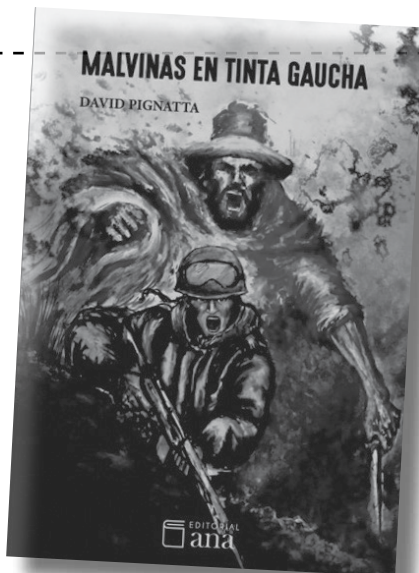
*no hay
el viento solar*

*sólo hay un viento
-u otro-*

*no hay
la luz innumerable*

*hay esa luz
-una-
que devuelven
blanca
los tapiales*





Entre las sextetas de David Pignatta renacen los gauchos de la independencia anidados en el corazón de los bravos soldados de Malvinas. El heroísmo y el ingenio del combatiente argentino de la gesta de 1982, quedan plasmados para siempre en este libro.

Es una obra que dice de la guerra aquello que nunca se dejó contar: la bravura de nuestros hombres que pusieron el pecho ante una de las potencias más agresivas y poderosas del mundo.

En cada poesía hay valentía y arrojo con relatos que se sustentan en el rigor de la historia.

Estas páginas son un reencuentro que enaltecen a los malvineros, enorgullecen a los patriotas y malvinizan como propósito ineludible.

Ana Editorial ofrece a sus lectores *Malvinas en tinta gaucha*, un abrazo fraterno a los caídos en la defensa de la Patria; una obra que emociona, un libro necesario.

ACERCA DEL AUTOR

David Pignatta es el autor de *Malvinas en tinta gaucha*, de Ana Editorial.

Nació en 1977, en Cañada Rosquín, Santa Fe. Pasó su infancia en la localidad de Casas y de más grande se fue a vivir a Helvecia. La primaria la hizo en la Escuela N° 299 Almafuerite, y la secundaria en la agrotécnica Carlos Silvestre Begnis de Sa Pereira.

Vivió varios años en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, y regresó a la Argentina en 2017.



www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

Aliso
imprensa

Cuyas y San Pérez, Paraná, Entre Ríos
Teléfonos 3434595738/3434283270
Facebook: Aliso Imprensa

 EDITORIAL
ana

Ana Editorial es una idea de
Pablo Felizia y Nicolás Tavella
Teléfono: 3434595738/3415810734
Facebook Ana Editorial
www.anaeditorial.com.ar

CICLOS CULTURALES



. De Costa a Costa

. Compositoras

. Stand Up en La Casa

. Espantamales

CASA DE LA CULTURA DE ENTRE RÍOS

. Música Litoraleña

. Domingos de Teatro

. No te aburras Gurí

. Tablado Murguero

LA VIEJA USINA

. De pluma y canto

BIBLIOTECA PROVINCIAL



cultura.entrerios.gov.ar

 **entreríos**
Turismo y Cultura